

HISTORIA DE LA ACADEMIA

**SEMBLANZA DEL DOCTOR ALFONSO PRUNEDA, SECRETARIO PERPETUO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA \***

FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO ‡

El año de 1923 se había creado en la Academia Nacional de Medicina el importante cargo de Secretario Perpetuo, que hacía las veces del "Primer Secretario" en la misma Academia.

Entre las complejas funciones del Secretario Perpetuo se mencionaban: encargarse de llevar la correspondencia a la institución, girar los citatorios para las sesiones; llevar el registro de la asistencia de los socios; cuidar del archivo y los sellos de la Academia; ser el conducto para las relaciones con otras sociedades; llevar la voz de la Academia en ceremonias oficiales y extraordinarias; encargarse de la publicación de la GACETA, y muchas otras.

Pocas personas tenían la capacidad y antecedentes del doctor Alfonso Pruneda, para desempeñar tan importantes funciones académicas.

El doctor Alfonso Pruneda nació en la ciudad de México el 19 de agosto de 1879. Su preparación docente comienza cuando, muy joven, ayudó en sus labores a su padre, el señor profesor José de Jesús Pruneda, que había fundado una escuela particular que se llamó Colegio Guadalupano.

\* Presentado en la sesión del 22 de junio de 1977, organizada por la Academia Nacional de Medicina, en honor del doctor Alfonso Pruneda, en el XX aniversario de su fallecimiento.

‡ Académico titular. Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina. Facultad de Medicina. Universidad Nacional Autónoma de México.

A su debido tiempo pasó a la Escuela Nacional Preparatoria, que aún conservaba la dignidad que le dejara Gabino Barreda. En 1897 ingresó a la Escuela de Medicina, dirigida entonces por el doctor Manuel Carmona y Valle. Su carrera fue brillante y obtuvo en los exámenes de casi todas las materias las máximas calificaciones.

A pesar de los limitados recursos de su familia, sus estudios los pudo llevar a cabo gracias a una beca de 20 pesos al mes, que se le otorgó, primero por acuerdo del ministro Baranda, y después por el Subsecretario don Justo Sierra. También le fue de mucha utilidad el sueldo de que disfrutaba como practicante del Hospital Concepción Béistegui, en aquel entonces importante centro de práctica médica, al lado de Francisco Chacón, Joaquín Vértiz y Felipe Ruiz Esparza.

Sustentó examen profesional el día 20 de mayo de 1902, en el Hospital de San Andrés y en el Salón de Actos de la Escuela de Medicina. Fueron sus sinodales los doctores Tomás Noriega, Alfonso Ruiz Erdozain, Angel Gaviño, Domingo Orvañanos y Francisco Hurtado. Como sinodal suplente figuró el doctor Francisco Vázquez Gómez. Su tesis se intituló *La tuberculosis pulmonar incipiente. Sintomatología y diagnóstico*.

Las cualidades del joven Pruneda, llamaron la atención del recto y exigente maestro José Terrés, quien,

no conforme con haber escrito su *Manual de la clínica propedéutica*, había comenzado a redactar su *Tratado de patología interna*, ayudado eficazmente por su joven discípulo.

El año de 1904, siendo ya jefe de clínica del doctor Terrés, el doctor Pruneda publica interesantes historias clínicas en la revista *Anales de la Escuela de Medicina*, propiamente una colección de estudios clínicos, de los alumnos y de los profesores.

El jefe de clínica Pruneda contribuyó al lucimiento de la cátedra de su maestro Terrés. Seleccionaba enfermos en serie y proporcionaba material adecuado y artículos publicados entonces recientemente en revistas europeas y estadounidenses. Algunos de los artículos del doctor Pruneda tuvieron prioridad en México; versaron sobre el diagnóstico de la tuberculosis con auxilio de los rayos X; la acción del radio y otros temas que entonces constituían verdaderas novedades.

Se estableció entonces en el Hospital Juárez una clase de Clínica Interna con objeto de que los estudiantes que hacían sus prácticas en ese hospital no tuvieran necesidad de salir para asistir a otro. Como profesor del nuevo grupo fue nombrado el doctor Pruneda. Tuvo numerosos discípulos que a través de los años recordaban su cátedra con verdadero agrado y aprovechamiento.

En 1905 fue llamado por don Ezequiel Chávez, colaborador de don Justo Sierra, para desempeñar el importante cargo de Jefe de Educación Secundaria, Preparatoria y Profesional. Se empapó de las ideas de ese gran educador que fue Justo Sierra, de quien no puedo menos que repetir unas frases que, tal pareciera, adoptó Pruneda como lema en su prolongado camino de maestro universitario. "Me la imagino así" —decía Justo Sierra al referirse a la Universidad—: "un grupo de estudiantes de todas las edades, sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión y que, recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brotare, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber."

El nuevo cargo exigía que, en la persona que lo desempeñaba, estuvieran reunidas una buena preparación profesional, y en la docencia, cualidades de organización y una amplia cultura. Pronto los hechos dijeron que la elección había sido acertada. El nuevo y joven funcionario no se encerró en el estrecho y cómodo reducto de la rutina burocrática.

Logró la fundación y organización del servicio médico escolar. Obtuvo la colaboración del cultísimo y bien preparado oftalmólogo don Manuel Uribe y Troncoso, a quien nombró jefe del servicio, con la

colaboración de los distinguidos dermatólogos Jesús González Ureña, Ricardo Cicero y Eugenio Latapí. Se hizo el examen sistemático de todos los escolares y se recomendó a los padres el debido tratamiento a las enfermedades y defectos que se encontraban. Se estableció un servicio de antropobiometría, y se quitó el padrón de incapaces o perezosos a los niños con miopía o sordera descuidadas. Para los niños enfermos de la piel y, a instancias del mismo doctor Pruneda, se fundó una escuela que llevó el nombre de "Doctor Balmis", aquel médico que, por encargo del rey don Carlos IV, trajo la vacuna y la propagó por el mundo.

Sus lecciones las leí de estudiante y las volví a leer más tarde con interés y deleite. Sus explicaciones son claras y sencillas y son de aquellas que dice Marañón: "cuyo secreto estriba en que todo lo que tanto costó aprender, puede reducirse a unas cuantas páginas, y sobre todo, en que cada frase debe ser vehículo riguroso de una idea, en que toda palabra que nada dice estorba aunque sea bella, y que ninguna retórica supera en atractivo y gracia a la claridad". Pedagogo por herencia, por educación y por convicción, no escatima el profesor Pruneda esfuerzo alguno porque el estudiante aproveche su trabajo y obtenga los mejores frutos. Por eso, es el primero, que yo sepa, que hace que sus discípulos empleen en las historias clínicas esquemas y diagramas donde están representados, con símbolos sencillos, los signos físicos encontrados en la exploración del enfermo.

Conocí al doctor Pruneda el año de 1919, quien ya para entonces desde hacía varios años, por funesto accidente, había dejado su clase de Clínica. Impartía el primer curso de Patología Interna. Sus discípulos de entonces recordamos con afecto, con emoción casi, el viejo y cómodo salón que aún conservaba vestigios de pretérita solemnidad: la elevada tarima, el elegante dosel de terciopelo guinda y el retrato al óleo del prócer don Miguel Jiménez. Allí el doctor Pruneda iniciaba su curso con conferencias inspiradas en el bello libro de Henry Roger intitulado *Introducción a la medicina*, pero con citas y ejemplos de la tradición y actualidad mexicanas. Había adoptado el método socrático y en las clases reinaba un ambiente de respetuosa confianza. Asistía con una puntualidad ejemplar. Para él no tenía sentido el hermoso símil de Horacio Mann, cuando recomienda a los maestros que no escatimen el tiempo asignado a la enseñanza, emulando al avaro que lima el canto de las monedas para obtener un poco de polvo de oro, ni tampoco podía aplicarle la comparación del mismo Mann cuando dice que defraudar a los discípulos en la misión de enseñarles equivale, como en el pasaje del Evangelio, a darles en vez de pan una piedra, y un escorpión en lugar de una flor.

El año 1921 se le adjudicó la importante cátedra de Patología General, hoy transformada en Historia y Filosofía de la Medicina. Por aquel entonces se había descubierto entre nosotros la desigual importancia que se daba a las disciplinas anatómicas y la escasa que se otorgaba a las biológicas. Los tiempos habían cambiado, pero la transformación consumada era comprendida por el doctor Pruneda, quien en cierta ocasión emitió un concepto que fue repetido innumerables veces: "los alumnos de la Escuela de Medicina entran por un gran pórtico que lleva escritas estas palabras: Biología General y salen por otro que dice Patología General". Los programas de estudio han cambiado, pero hace medio siglo el concepto del doctor Pruneda era acertado.

Su labor docente no se limitaba a las aulas de la Facultad de Medicina. Desde 1911 era Rector de la Universidad Popular establecida en la populosa barriada del Carmen, ayudado por el joven estudiante de jurisprudencia, más tarde abogado, Vicente Lombardo Tofedano; llevaba la voz de la cultura a las masas.

En 1924 fue nombrado Rector de la Universidad Nacional. El cargo lo desempeñó atinadamente durante cuatro años y cuando terminó su gestión fue Director del Departamento de Acción Cívica del Departamento del Distrito Federal. En este cargo, con carácter oficial, siguió la labor que empezó en la Universidad Popular. Centros culturales y deportivos; conferencias, conciertos, representaciones teatrales, dignificando las populares "carpas". Fue idea suya la lámpara votiva y las guardias en la Columna de la Independencia.

El año de su jubilación (1951) era Director de Difusión Cultural en la Universidad, y profesor de Medicina Social e Higiene del Trabajo, asignatura de la que fue profesor fundador. Siempre fue la higiene su actividad predilecta.

Desde 1915 fue el jefe de la campaña contra el tifo durante la pavorosa epidemia provocada por los movimientos militares y emigración de la población. El doctor Pruneda procedió a una radical campaña contra el piojo, y esa epidemia, la de 1915, fue la última de gran intensidad del valle de México. Sus antecedentes de enérgico organizador ameritaron que en 1920 fuera nombrado Secretario del Departamento de Salubridad y fue un gran colaborador del presidente, doctor Ga-

brriel Malda. Los primeros días de su gestión coincidieron con la aparición de la peste bubónica en Veracruz y después la fiebre amarilla. La aparición de ambas epidemias fue el principio de su gestión brillante que duró cuatro años.

Después fue, sucesivamente, Jefe de la Oficina de Educación Higiénica, Oficial Mayor del Departamento de Salubridad Pública, Jefe de la Oficina de Intercambio.

En 1924 fue electo Secretario Perpetuo de la Academia, cargo que desempeñó hasta muy cercana su muerte, ya durante los últimos años con el carácter de honorario.

Su respeto a los estatutos, su energía por hacerlos observar y la puntualidad para todas sus obligaciones, hicieron que la Academia no naufragara en épocas difíciles.

Una de estas épocas está resumida en el informe correspondiente a 1935: "No fueron raros quienes nos privaron de su valioso concurso. Algunas sesiones se vieron penosamente desanimadas: el balance general de labores muestra un decaimiento lamentable que quizá se explique no por falta de interés especial o de afecto a la Academia, sino porque las condiciones precarias de la vida profesional, y algunas particularidades del ambiente social contemporáneo hacen aún más difícil la vida de agrupaciones como la nuestra."

Los años difíciles pasaron y la Academia aumentó sus actividades. Este resurgir se debió a los entusiastas esfuerzos de los presidentes que sucesivamente dirigieron la Academia; también se debió en grado notable a la coordinación del Secretario Perpetuo. Por eso, y después de 28 años de atinada labor, la Academia le confirió el nombramiento de Académico Honorario, como le confirmó, con el mismo carácter de honorario, el de Secretario Perpetuo.

A todos los méritos que hemos señalado en esta breve semblanza, había que agregar sus numerosos escritos en nuestras revistas científicas y en monografías; las numerosas sociedades a que perteneció y las numerosas distinciones de que fue objeto por parte de organismos y gobiernos extranjeros.

La vida del hombre no termina con su sepelio, sino con el indiferente e injusto olvido. Que mis palabras contribuyan a que en esta Academia, a la que consagró buena parte de su vida, se conserve diáfana su memoria.

## ACERCA DEL CANCER DEL UTERO

Las observaciones que sucintamente acabo de presentar a Uds. son en alto grado elocuentes: Ocho casos operados, de los cuales seis lo fueron cuando el mal no había pasado de los límites del cuello de la matriz, con seis curaciones sin reproducción, después de tres años cuatro meses la más antigua, y de seis meses la más reciente. Dos casos operados, cuando ya el neoplasma se había infiltrado en el parametrio; pero la infiltración estaba todavía dentro de los límites en que las operaciones radicales suelen tener éxitos duraderos con dos reproducciones a los tres meses de la operación. Y un gran número de casos en los que las enfermas, por falta de un diagnóstico apropiado y del consiguiente desconocimiento de la enfermedad; por incuria de las mismas enfermas, o por sobra de confianza en las aplicaciones locales y en las medicinas han quedado condenadas a una pronta y dolorosa muerte. (Valdés, U.: *Algunas observaciones del cáncer de la matriz*. GAC. MÉD. MÉX. 7(3a. serie):532, 1912.)